

se, puesto en pié, con la mirada radiante y tendiendo la palma de la mano al ciudadano presidente.

—El señor desea.....

Iba á decir el gobernador lo que deseaba Romero, cuando éste continuó:

—Dar una serie de representaciones de gran visualidad y de verdadero mérito literario, y no *pipirijainas* ni esperpentos, como tal vez se atreven algunos bárbaros, profanadores del arte, á poner en escena; no, señor, yo pondré lo que se entiende por comedias, señor; pero por comedias dirigidas por mí, con mi experiencia y mis años de pisar las tablas día á día y con una constancia que me honra, y recogiendo, eso sí, lauros por donde quiera; todo por supuesto con el orgullo digno y con la frente levantada, con la conciencia de mi valer y con la dignidad de artista; nada de humillaciones ni de paños calientes, no señor, al grano, al trabajo, al hecho, á levantar el telón satisfecho de mis afanes y listo siempre para esperar de mi amado público, el lauro,

el lauro apetecido, como tributo al verdadero mérito artístico y á mis afanes, con que por tantos años he contribuído á las glorias de mi patria, teniendo la alta satisfacción de presentarme con la frente erguida y con orgullo á recibir el homenaje.

Don Gervasio era capaz de seguir con este tema hasta la consumación de los siglos; pero el presidente del ayuntamiento encontró sin duda que ya sabía lo bastante é interrumpió al artista.

—El teatro, dijo, se arrienda por un precio módico á los empresarios, sin más interés por parte de la corporación municipal, que el de proporcionar á la ciudad este género de espectáculos, y nó con la mira del aumento de fondos, pues el precio del arrendamiento es insignificante.

—Magnífico! las corporaciones benéficas, elegidas por el pueblo para representarlo en sus necesidades locales, se ciñen también sus lauros cuando la filantropía y el patriotismo son los móviles de sus disposiciones gubernativas. Yo celebro encontrar con las

altas capacidades competentes para juzgarme y con las ilustraciones dignas que representan á la ciudad de San Luis Potosí, porque se colmarán mis deseos, mis deseos nobles de ambición digna y de orgullo nacional.

Después de tan elocuente peroración, don Gervasio no encontró tropiezo ni inconveniente alguno al logro de sus miras: arregló su contrato y quedó dueño del teatro.

En el mismo día visitó á algunos de los principales capitalistas de la ciudad, á quienes espetó la rimbombante apología de su persona, como hombre digno y artista nacional.

Al volver á su habitación, encontró en ella á algunos pretendientes que lo esperaban.

—Señor D. Gervasio Miguel Romero? le dijo un jóven.

—¿En qué puedo.....

—Yo soy Pantaleón.

—¡Ah!

—Sí, soy Pantaleón Huerta, ¿no ha oído usted hablar de mí?

—No señor, no he.....

—Pues he trabajado con Daza.

—¡Ah! es usted actor?

—Sí, señor, ¡vaya! soy discípulo de don Juan de Mata.

—¡Ah! excelente maestro. ¿Y qué tal, qué cuerda.....

—Todas, en resúmen todas; pero los papeles de traidor me están perfectamente; hago de gracioso.

—Bueno.

—Y mis barbas, hago mis barbas, porque aún cuando mi voz, como usted ve, no es á propósito, cuando la ahueco soy otro.

—¡Ah! muy bien.

—Figúrese V. que he hecho el Jenkis de Sullivan.

—¡Gran papel! y usted quería....

—Estoy de balcón, en receso, me separé de Daza por una inconsecuencia que me hicieron y por que... á mí no me gusta hablar de nadie, pero ya conoce V. á la gente de teatro.

—¡Oh! amigo, yo llevo catorce años de

pisar las tablas, y crea V. que hay veces, que me dan ganas de hacer zapatos, para no volver á luchar con nuestros compañeritos.

—Pues como decía, me separé porque aquello no se podía ya tolerar, y yo soy un hombre digno y.... ya sabe usted.

—¡Ah! la dignidad, cuántos sacrificios me ha costado la dignidad de artista! porque eso lo digo con orgullo y levanto la frente muy alto y doy valor al arte y honra á mi país natal, y no como otros actores que..... á la verdad son la cloaca del arte dramático.

—Pues V. verá mi trabajo si gusta, y nos arreglaremos.

—Muy bien, caballerito, tendré mucho gusto; solo que advertiré á V. que en mi carácter de director, de antiguo director de escena y actor de experiencia y de práctica, soy ríjido y á mí no hay que andarme con observaciones, que yo sé bien mover las teclas, y todo sale artístico é irreprochable; ya verá V. la escena servida como..... como debe ser, señor, y nada de *pipirijaina*: visualidad, aplomo, perfección y á conquistar

palmas; yo me mato pero levanto la frente donde se paren los directores de escena.

—Ya tenía yo noticia, así debe ser un director, se conoce que V. sabe.....

—¡Y cómo si sé! catorce años, hijito, catorce años de pisar las tablas y siempre con dignidad y con aplomo.

—Pues si usted gusta....

—Bien, nos arreglaremos, veremos el trabajo de V., y con mucho gusto..... con mucho gusto, yo soy protector del arte y procuro elevar con orgullo en mi cara patria á mis camaradas.

En seguida contrató algunas partes de por medio y enriqueció su elenco con algunos *volos*, pero cuyos nombres le servían para la visualidad del prospecto.

Una de las necesidades más apremiantes era la de procurarse apuntador; pero bien pronto creyó haber subsanado la falta de Pico con un quidam que se ofreció á desempeñar este oficio, difícil por cierto, asegurando que llevaba algunos años de vivir en la concha.

Romeró citó para el primer paso de papeles en su propia habitación.

Concurrió toda la compañía, excepto María que casi nunca se prestaba á ensayar; y las dificultades con que desde luego tropezaron los actores pusieron de manifiesto cuán indispensable era Pico en la compañía.

Romero, después de reñir cruelmente al nuevo apuntador, se decidió á buscar á Pico, quien por su parte, lamentaba de todo corazón aquellas horas de su forzada cesantía de consuetá.

No faltó quien supiera en dónde estaba Pico, quien como sabemos se había adelantado á la compañía.

—¿De qué se trata? exclamó María del Carmen que á la sazón entraba; ¿de que vuelva Pico? ¡Dios nos asista! si vuelve Pico yo no trabajo; ¡pues no faltaba más sinó que el que ha metido aquí la zizaña volviera á formar con nosotros! ¿Para qué quieres que venga ese hombre á venderme su protección, á ofenderme con su triunfo, á

hacerse el indispensable? No, no señor; Pico no volverá ó que no se cuente conmigo.

—¡Pero madre de mis ojos! dijo Romero de la manera más cariñosa, no ves que este apuntador no ata ni desata?

—Pues que aprenda á atar y á desatar; y sobre todo, que los actores no lo hagan todo *de oreja*, que estudien, que trabajen.

—Eso no es posible, reina mía.

—He dicho mi última palabra; ó Pico ó yo.

Y María del Carmen hizo una rabieta de Maruja y desapareció; pero no conforme con poner aquel obstáculo al arreglo de los asuntos teatrales, trasmitió su sentir á los suyos, formó nuevos corrillos, volvió á poner de acuerdo á la característica y al segundo galán; y se propuso hacer la guerra á Pico por todos los medios imaginables.

Entretanto Romero se persuadía más y más, de que era imposible hacer nada con aquel consuetá; buscó otro por todas partes, y se acercaba el día de la primera fun-

ción sin que María del Carmen cediera un punto en sus exigencias.

Romero tuvo una solemne entrevista con Pico, quien á su vez estaba pronto á servir su antiguo empleo, no sin haber sacado ventajas de la situación; pues no se contrató de nuevo sin haberse escriturado previamente con doble sueldo y recibiendo una anticipación.

Pico é Isolina formaban una familia, y desde el momento en que solos viajaban y se alojaban, nadie podía figurarse que allí no se trataba más que de protector y protegida.

Las delicadas atenciones que Pico había tenido con Isolina, no habían podido ser tales que no se hubieran encontrado en situaciones difíciles.

La primera noche hubieron de alojarse en el mismo cuarto, y este incidente puso más de manifiesto el mérito de Pico; pues Isolina tuvo ocasión de apreciar la caballerosidad de su protector.



CAPÍTULO XI.

EL PRIMER SUSTO DE PICO Y LA PRIMERA REPRESENTACIÓN DRAMÁTICA.

DON Pepe García acompañó á Romero y á los demás individuos de la compañía el día de su salida del pueblo; y ofreció cordialmente su amistad y servicios á los actores y que haría un viaje á San Luís para tener el gusto de volver á estrecharles la mano.

El escribiente también fué de la expedición, y cada vez más enamorado de María del Carmen, estaba al punto de decidirse á abandonarlo todo por seguir á aquella mu-